

A través del espejo

Prólogo a un libro de Sara Schyfter sobre Galdós

Hugo Hiriart

El 31 de marzo de 1492 fue puesto en ejecución el edicto de los reyes católicos que expulsaba a los judíos de España. Culminó así la larga historia de esta etnia en la península; historia brillante y comedida en ocasiones, opresiva e intolerante en otras, punteada casi siempre con episodios de violencia fanática. Nadie ignora que este en-

carnizado antisemitismo proviene de un catolicismo fundamentalista que culpa a los judíos de la muerte de Cristo (calumnia que no fue levantado oficialmente hasta el Concilio Vaticano II, 1962-1965).

Los judíos que permanecieron en España se vieron precisados por el edicto a apostatar como conversos o a ocultarse como

criptojudíos. De una u otra manera los judíos desaparecieron de la vida española.

En 1867, sin embargo, un muchacho provinciano nacido en Canarias, fue llevado por un tío a la Exposición Universal de París. Y ahí, paseando a orillas del Sena, en un puesto de libros viejos, el muchacho adquirió *Eugenia Grandet* de Balzac. La lectura de la novela constituyó una fulminante revelación. Pronto había ya leído los más de ochenta tomitos de *La comedia humana*. Su desaforada y obsesiva ambición fue desde entonces redactar la comedia humana de la sociedad española. Lo que no cesa de asombrarnos es que, con los años, alcanzó su propósito.

El intento balzaciano buscó abarcar la totalidad del mundo social, esto es, buscó la exhibición y estudio de todas y cada una de las especies sociales que, en paralelo a las especies animales, poblaban el mundo social francés. La obra de Galdós habría de ser igualmente omniabarcante del universo español. El esfuerzo no hubiera estado completo sin incluir a los judíos que habían permanecido ocultos, o cuando menos en *low profile*, en la península, y Galdós se volvió a mirarlos, escribió sobre ellos y los hizo volver así a la vida española.

Hay otra manera de aproximarnos a esta reaparición: España es un país que está, como se ha dicho muchas veces, partido en dos, las dos Españas. Uno es el país rígido, país del orden conservador, del catolicismo inquisitorial y fundamentalista, de jerarquías y pureza de sangre, de la llamada España Negra cerrada al progreso y a Europa. El otro país es el liberal, republicano, abierto a Europa y al progreso y con frecuencia anticlerical. Entre estos dos órdenes ha habido y hay aún hostilidad; fueron los bandos que chocaron en



Emilio Sala Francés, *La expulsión de los sefardíes*, siglo XIX

la Guerra Civil (o Guerra Incivil, como precisaba Unamuno).

Parte preponderante de la obra galdosiana son los *Episodios nacionales*; cuarenta y seis breves volúmenes de historia española del siglo XIX novelada, donde se narran, entre otras cosas, las interminables luchas entre estos dos modos de entender, no sólo el país, sino el universo y la vida. Fue Galdós definido y tenaz liberal, y en un liberal de casta como él no cabe ninguna forma de racismo ni discriminación de ninguna minoría, mucho menos el aborrecimiento antisemita al que no se le deben más que crímenes, sangrientos muchas veces.

Si Bismarck unificó Alemania a través de la guerra del setenta con la Francia de Napoleón III, los reyes católicos unificaron España mediante la reconquista: “Diremos que si España es nación esencialmente católica, ello se debe a la invasión árabe, que impuso al país la necesidad de fundir su ser político con su ser religioso”, declara el filósofo Manuel García Morente.

Porque ciertamente aunque el origen remoto del antisemitismo se encuentra en una lectura, errada, del Nuevo Testamento, el moderno proviene de la política: se hacen coincidir hispanidad y catolicismo, ser católico se vuelve esencial, definitorio, ser español es ser católico, no ser católico es ser ajeno, heterodoxo, extranjero.

La elegante Generación del 98 no apreció a Galdós, lo juzgaron grueso, sin refinamiento (esa finura modernista), para emplear la palabra usual, un *garbancero*, lo ningunearon y no supieron entender el torrente totalizador de su genio. Para acercarse a él con fruto se precisa una mente fina, cordial, y más que nada, sensible, como la de la maestra Sara Schyfter. Su análisis crítico es a la vez puntilloso y ameno, y avanza, con gran carga de información, penetrando en la estructura, intenciones y alcances de la obra galdosiana. Y su dominio del tema bifronte: el escritor por un lado y la cultura judía por otro, es impresionante.

Es un regocijo cultural ver cómo va desmontando el tema, sin prisa, con amabilidad, novela a novela, judío a judío, percibiendo el desenvolvimiento del arte del maestro. Porque Galdós es novelista y se expresa, no con discursos, sino con persona-

jes y diálogos que logran explayar la singularidad y el destino de una enorme variedad de gente, gente enclavada en sus circunstancias vitales.

“Galdós, observa Sara Schyfter, anticipa la preocupación que surgió en el siglo XX por la huella que el judío dejó en España”, porque ciertamente la sensibilidad de Galdós fue precursora: lo que en el escritor es la valentía de seguir su intuición y sus curiosidades acerca de lo hebreo español es ahora tema consabido en la España democrática posfranquista y el español que re-

memora la historia cultural de su país encuentra siempre motivos de orgullo en los rastros de la presencia del judío en la península. El judío tanto tiempo perseguido y luego olvidado cobró enorme valor.

En suma, la exigencia de la crítica literaria moderna de manifestar los elementos históricos y culturales de una obra dada que permitan descifrar y enriquecer los sentidos engarzados en ella es satisfecha de modo ejemplar y brillante en este gran libro sobre Galdós y los judíos que escribió Sara Schyfter. ▮



Judíos en la España medieval



Benito Pérez Galdós pintado por Joaquín Sorolla, 1894